

EL EVOLUCIONISMO

LÓPEZ DE MESA.

—He oído a usted un largo discurso sobre el pensamiento filosófico, y aun puedo asegurarle que, reserva hecha de la escasez de mis conocimientos, me parecen legítimas sus conclusiones: Pero, qué aportan ellas al esclarecimiento de estos problemas, ni qué nos importan si hasta desligadas están del movimiento de nuestra enseñanza nacional? Porque, o estoy a oscuras totalmente, o en Colombia no han medrado aún sino Santo Tomás y Spencer. De ellos por qué no habla usted?

—Quizá un respeto profundo por estos dos sintetizadores del conocimiento filosófico de dos épocas lejanas, me hizo callar. Quizá miedo de tener que dejar de lado sus enseñanzas, sin poder enfrentarles algo mejor, fue lo bastante a hacerme parco respecto de su obra. Mas usted dice verdad: En Colombia, fuéramos de algunos ensayos aislados, parecen enfrentadas estas dos escuelas. La escolástica es patrimonio de la mayoría de la nación, ligada íntimamente al clero y a un vigoroso partido político. La escuela spenceriana heredó entre nosotros los elementos díscolos del sensualismo materialista de otra época, y aunque no es canon de partido ni norma de oposición, sí tiene profundas simpatías entre los revolucionarios del país. Por mi parte sé decirle que a ambas escuelas quiero entrañablemente: me parecen el hogar lejano de mi espíritu, y no sin emoción contemplo sus muros agrietados, vacilante ya su techo protector. Y cuando pienso que dentro de ellas habitó la humanidad largo espacio de tiempo, en la sosegada confianza temporal que dan las grandes sín-

tesis del pensamiento humano, me duelo de sentir las añejas, y me duelo más de verme colocado en un período de transición, penoso como todos ellos y desconcertante. La humanidad emplea un rato de su vida en asimilarse la obra de los genios, a la manera que al llegar uno a la cima de las altas cordilleras, reposa un poco mientras la mirada gira en rededor orientándose en los nuevos horizontes.

El evolucionismo es el mayor esfuerzo de la edad moderna por asegurarse un sistema explicativo. Es tan prodigiosamente grande esta síntesis, científica y filosófica a la vez, que la maravillosa mentalidad del mismo Spencer no lo supo completamente. Porque ha de ver usted que es preciso ampliar la mente para contemplarla, como se dilata la pupila para mirar horizontes lejanos. Es el concepto que caracteriza la orientación de la humanidad en una oposición a las antiguas maneras del pensamiento, y ha necesitado más de veinte siglos para ser formulado. Cuando su creador expuso la fórmula cuasi newtoniana: «Evolution is an integration of matter and concomitant dissipation of motion; during which the matter passes from an indefinite, incoherent homogeneity to a definite, coherent heterogeneity; and during which the retained motion undergoes a parallel transformation», no pensó quizá que coronaba la cúspide de un pensamiento que la civilización venía preparándose lentamente. Misteriosa ordenación de los destinos del hombre, que sin saberlo continúa la especie en las elevadas esferas de la psiquis, al parecer tan propia, independiente y libre.

La cultura antigua y la cultura moderna no tienen solución de continuidad, si las seguimos paso a paso; mas si tomamos dos épocas lejanas, parecen contradecirse. En aquella toda interpretación religiosa, artística, filosófica y aun científica, está subordinada a un concepto de quietismo. Para ella la humanidad no se mueve en un perfec-

cionamiento, antes bien, la leyenda colorida de los pueblos reconoce en sus principios una edad de oro, la Arcadia inescrutable de una época feliz. El hombre ha delinquido, mas no el habitante de las cavernas, sino un semidiós de toda fuerza y saber. Un pecado original trastornó la moral y creó el error y el sufrimiento. La teoría de tal degeneración tenía que oponerse a cualquier concepto evolucionista. La literatura se resiente pronto de este espejismo y las formas del pasado, la obra clásica en una palabra, es canon insuperable e inmovible. La religión no se deja contrariar tampoco, y Jesucristo sigue siendo rabino, Sócrates paga caramente deslices teológicos, Sakia Muni, Mahoma y Confucio desarrollan eficazmente su reforma, no oponiéndose, sino dilatando el espíritu y la fe de sus compatriotas, como estalla el epicarpio leñoso de una semilla al impulso vital interior. Para esta época, el estancamiento, si no retrogradación, constituye verdad de sentido común. La tierra es a veces considerada un cubo quieto suspendido en los espacios planetarios; la vida no es una energía en perfeccionamiento, sino una emanación o una dotación que decae; las costumbres no son la fórmula significativa de una etapa moral, sino decaecimiento de virtudes pretéritas. Y así tenía que considerarse bajo la influencia de enseñanzas como la de Platón, sobre que el mundo representa una eterna idea-tipo, enseñanzas tan profundamente arraigadas que el mismo Santo Tomás, con gustar más de Aristóteles, la acepta como probable.

La fantasmagoría simbólica de la caverna con que Platón nos compara la humanidad, no podía permitir la aparición de una idea evolucionista. Las formas mismas de la vida doméstica, el culto de los dioses familiares, el fuego sagrado transmitido rigurosamente, el culto de los antepasados, más atendido entonces que el porvenir mismo de los hijos, todo conducía a vivir retrospectivamente.

La industria era una tarea doméstica, con la transmisión rigurosa del oficio, del crédito y de la habilidad, sin que entrara para mucho una ambición de gran desarrollo comercial.

Pero poco a poco estalla un criterio nuevo. En el panteísmo hace irrupción la idea de un desenvolvimiento de la Divinidad en formas más y más variadas: el estoico Polibio emplea ya términos de progreso (Prokoké). Empédocles tiene un concepto similar del de evolución. San Agustín mismo compara felizmente el mundo a una semilla que arrojara la Divinidad. La idea cristiana toma caracteres de aspiración a un perfeccionamiento, y para San Pablo el Evangelio trae la mutación del hombre viejo en hombre joven. Es la adquisición de una tendencia evolutiva. Scot Erigena y Dionisio conciben el mundo como el desarrollo de lo que está enrollado en Dios. Nicolás de Cusa, en el umbral de los tiempos modernos, por las formas de su pensamiento sobre todo, emplea ya el término de evolución. Descartes cree en un perfeccionamiento del mundo; y el concepto filosófico, ya que no el científico, aparece en Hegel y Shelling; se torna más comprensivo en Leibnitz; y por último, se enseñoorea de la filosofía con Kant, aparece en la ciencia con Laplace para la astronomía, Cuvier para la zoología, Wolff para la anatomía, Von Baer, para la embriología, Lyell para la geología, Herder para la historia. Darwin lo transforma en ley para los seres organizados y extrae de él su famoso principio de la selección natural. Por último, Spencer lo reduce a un principio universal, lo sintetiza en fórmula impecable y lo aplica a la cosmología, a la biología, a la sociología, a cuanto abarca la mente humana, con una lógica y una clarividencia envidiables.

En este instante el cristianismo, habiendo dejado de ser una tendencia revolucionaria y tomado en su forma católica sobre todo, un aspecto de verdad definitiva, in-

superable e inmodificable, un aspecto clásico, entabla lucha violentamente: revive la escolástica para enfrentársele, a la manera que en las luchas sangrientas son artillados de nuevo los viejos torreones de las fortalezas abandonadas para proveer a una defensa urgente. En ello hubo un error y un engaño de estimativa, como lo entrevieron el cardenal Newman en Inglaterra y el arzobispo Mignot en Francia; error en querer aniquilar la corriente indetenible de los siglos, así fuese el gran papa León XIII quien lo soñara; y engaño de estimativa al suponer que de suyo esta corriente evolucionista podría echar por tierra la fe de los hombres en un más allá beatífico. La vigorosa corriente evolucionista se apoderó de las ciencias; explicó los mundos con la teoría de Laplace; se confirmó en la paleontología y en la filosofía; subordinó a su servicio las ideas de Darwin y de Haeckel, revolucionó la vieja filosofía de la historia, el ciclismo helénico renovado por Vico; la psicología se hizo fisiológica y evolutiva, y en ella Condillac tuvo su parte de justicia. El mundo se tranquilizó en la ciencia y enmudeció un instante en metafísica.

Pero el principio, demasiado fecundo, como los hijos del dios griego, tiende ahora a devorar a su padre. Una racha de inquietud idealista preocupa a la humanidad del día, y de la rumia del alimento espenceriano surgirán nuevas nociones del mundo y de la vida.

Esta se ha hecho vertiginosa; en el corto espacio de un siglo ha habido más mutaciones que en la historia conjunta de la humanidad. Las ciencias no tienen tiempo de asentar sus teorías cuando ya las ven suplantadas; las formas de gobierno evolucionan con rapidez que ni permite ya la incandescencia de las guerras; el industrialismo es un motor gigantesco que arrolla fronteras y emprende imposibles de una hora antes; la investigación científica se torna asociativa y gana tiempo consumiendo en

un instante prodigiosas energías y recursos; la producción intelectual misma es afanosa y desbordante; la emigración tiende a internacionalizar el concepto de patria, y la familia rompe fácilmente sus vínculos. Tal aparece vertiginosa esta agitación humana, que se siente uno desfallecido a la vista de éste como turbión indetenible y subyugante. Sólo que el genio de la especie atempera el afán desordenado, y desde la altura de un examen de conciencia, siquiera intermitente, exige con imperio ineludible la ordenación del aparente caos.

Los místicos se hallan felices de poder oponerle a la evolución algunos hechos negativos, su carencia de finalidad suprasensible y sobre todo su prescindencia de una explicación causal prima. Y con criterio que se serena más y más, no tienen inconveniente en aceptarla como la ruta posible que sigue la Divinidad en el desarrollo de un plan universal y providente. En el Seminario del Instituto Católico de París ha sostenido estas ideas J. Guibert sin que nadie se crea lesionado en su fe religiosa, porque a la reacción violenta de los primeros instantes, al pánico del peligro, sucedió la convicción de que algo fundamentalmente científico e innegable había en ella, y luego se ha tratado más bien de aprovechar sus grandes perspectivas de orden en beneficio de la suprema sabiduría del Creador.

Los idealistas tratan también de reevaluar esta hipótesis feliz, y aceptando sus grandes delineamientos, buscan sin embargo en la ciencia más avanzada de nuestros días atenuantes y correctivos que si no la desquician, le imponen sin embargo menos valor. Mas ellos buscan sobre todas las cosas un fundamento a la esperanza, humana de toda eternidad, de una vida espiritual autónoma. Eucken reclama con fervor esta autonomía de la vida del espíritu para completar la evolución y hacer que su flujo de movimiento incesante no destruya todo contenido de la

vida humana, que la belleza, la verdad y el bien no sean accidentes en espacio y en tiempo determinados, sino adquisiciones superiores no evolucionadas del espíritu, que reclama un lugar aparte. Que si bien es verdad, dice, que los comienzos de esta vida espiritual son casi elementales en los límites de la animalidad, fuerzas superiores han debido completarlos. Que si su aplicación es encomiable en la mayoría de los casos, también ocurren divergencias notables: así la teoría de Malthus de un progreso numérico de la especie humana se ve contradicha por el estancamiento inexplicable, y aun la inversión del fenómeno, en llegando a ciertos límites. La evolución mirada como producto de causas permitiría el concepto de la voluntad libre; mas vista como hecho fatal es demasiado restringida, según él, y la humanidad reclama imperiosamente el sustentáculo de una vida superior.

Bergson trabaja también en busca de una nueva idea que sea sedante para los que vamos inquietamente investigando las fuentes de nuestra vida y su razón de ser. Critica el valor de la inteligencia y trata de relegarla a mera función de artífice, al rango de facultad elaboradora de la materia bruta. Para él hay en los dominios de la psiquis otras fuentes de percepción de la vida más seguramente conductoras a una verdad definitiva. El instinto puede darnos intuiciones substanciales y no meramente fenoménicas. Probablemente para él reside ahí el sentido de la entidad, el sentido numérico que Kant echaba menos en nuestro organismo. En un momento dado del espacio y del tiempo una corriente de vida atravesó los cuerpos que organiza y diferencia en especies e individuos, y avanza aumentándose. Esta corriente constituye la evolución por un impulso original que va estallando en fragmentos más y más numerosos, como una bomba explosiva cargada de otras bombas también explosivas, las cuales a su vez van fragmentándose indefinida-

mente. Este impulso original de la vida está implicado en el movimiento; y no es finalista ni mecanista, y puede crear variaciones al actuar sobre la materia. Esta actuación constituye lo fundamental de la vida, sin pre-determinación alguna ni composición propiamente causal, de tal manera que puede detenerse y aun regresar, como suspendida ante la forma creada.

Partiendo del agnosticismo en que nos dejó la filosofía spenceriana, Bergson busca la ruta de las explicaciones superiores, no ya en la inteligencia, confesión muy penosa ciertamente, sino con lo que nos faltaba por ser origen de sistema filosófico, en el instinto. La inteligencia es facultad que se aplica a lo sólido, facultad geométrica, que sólo representa una de las rutas posibles que la vida puede desarrollar en psiquis, pero a su lado existen otras facultades, como un halo luminoso, que pueden dar a nuestra conciencia conceptos más substanciales. La vida psíquica no es discontinua como la conciencia y la memoria, sino un flúido que va en crecimiento continuo, arras-trando consigo la supervivencia del pasado. De ahí se desprende que en cada momento seremos distintos; que habrá una originalidad en cada instante de nuestra historia personal. Y de esta mutación incesante que constituye el existir, se desprende que la razón no pueda ser como la geometría, estable en el espacio y el tiempo, sino distinta, modificada según ese espacio y ese tiempo, el modo de ser propio y las condiciones externas, por lo cual un mismo hecho puede tener razones distintas en distintas personas, y una misma razón producir hechos distintos en distintos instantes.

Critica a Spencer diciendo que tomó los hechos creados por la evolución y ordenándolos los dio como la evolución misma. Para él la materia y la corriente vital siguen direcciones opuestas: tiende aquélla a bajar, mientras esta otra se esfuerza por subir. La inteligencia y el

instinto se aplican de modo diferente, acaballándose la primera sobre las cosas, al fin y al cabo mera intérprete de relaciones; yendo el otro por entre las cosas mismas con una conciencia más substantiva.

Ahora bien: ¿esta evolución bergsoniana, esta corriente vital que se apoderó de la materia para poderla dominar mejor, es una explicación completa, es siquiera una explicación satisfactoria?

Pero si dice Bergson que en un momento dado del espacio y del tiempo una corriente vital se apoderó de la materia e inició la evolución, esto supone: que la materia estaba constituida en masa y la energía en movimiento. Que el impulso vital es algo superior, o una creación de la divinidad en el tiempo, y entonces estamos en pura hipótesis bíblica, o una energía que estaba independiente ab æterno, y entonces nos aproximamos a la hipótesis panteísta. Ante eso se puede objetar que una energía sólo puede actuar sobre otra cuando entre ellas hay alguna posible subordinación, cuando la una puede salir de la otra, como en el mundo físico-químico, pues de lo contrario no habría modo de romper el equilibrio, ya que éste no se rompe sin acrecentar una de las fuerzas equilibradas. Presuponiendo la vida como una energía independiente de la materia bruta, superior a ella y consciente para apoderarse de ella, con una humildad cuasi intencionada, al pensar de Bergson, tenemos que presuponer también una dirección de actos de ese dominio, una capacidad de esa dirección, y una conciencia de esa capacidad. Lo cual eleva la corriente vital a la categoría de un sér pensante. ¿Es divina esta energía o es creación de la divinidad? Si lo primero, tenemos una forma del pensamiento griego, una forma de pensamiento casi aristotélico. Si lo segundo, ¿por qué establece Bergson un proceso de insinuación paciente y tezonera como de adaptación y relativa impotencia?

Respecto de esa materia que constituye el otro elemento de este dualismo bergsonian, encontramos que debió estar constituida con todas sus fuerzas, ya que la independiza sin hacerla sufrir modificación de duración, de acción vital físico-químicas, pues sin afinidad y cohesión no podría concebirse, y de estas dos propiedades pueden desprenderse modalidades de energía física a su vez.

¿Y cómo puede actuar una energía sobre otra si no la desequilibra, si no puede sumarse a ella o sustraerle algo? ¿Cómo pudo la energía vital ordenar los cambios físico-químicos, si entre las dos energías no cabe, en hipótesis diferencial de ellas, modo de actuarse mutuamente? El movimiento puede venir por calor, por electricidad, por luz, etc., ya que estas formas de energía son susceptibles de convertirse en él dentro de cierto desnivel de potencial, pero la corriente vital, ¿qué desnivel puede crear en estos potenciales para determinar una acción? Si lo crea dando de sí, o sustrayéndoles para sí, es entonces una energía del orden de aquéllas. Si no les da ni les quita nada, el átomo permanecerá indiferente a la presencia de dicha corriente vital. Porque en física, principio de Carnot, y en química, leyes de termodinámica, es preciso una interrupción de equilibrio para efectuar un cambio. Y esto dentro de una discusión de las condiciones ideales: colocándonos en el tiempo y el espacio, ¿podríamos concebir aquella corriente vital, ser exótico, sin origen claro ni finalidad precisa, removiendo en un sitio dado de la tierra un poco de arcilla para modelar el protofito o el protozario?

Dentro de la teoría espenceriana podemos apreciar algunos puntos criticables. El que no haya tratado de investigar la esencia misma del ente, la constitución de la materia y de la energía, puede estar muy bien para su criterio de relativista y de agnóstico, tal como lo hubo de Hamilton y de Mansel, mas para nosotros resulta de

ahí un vacío prodigiosamente conturbador. Dar por terminado un problema que en un momento dado aparece insoluble, sería falta de lógica, de confianza en la labor del pensamiento y aun de fe en el valor de nuestra vida espiritual. Como parte que somos del universo, en nosotros debe existir ese sentido de lo numérico que niega Kant; si no todo el universo es como vemos, y si hay algo superior y absolutamente diferente a él y a nosotros, al menos para lo que nos es similar podremos concebir esperanzas de solución. Que nuestro mundo psíquico sea únicamente capacitado para la apreciación de los fenómenos es cosa que debemos resolver en un estudio de la conciencia; pero desde ahora se me ocurre preguntar si en estas investigaciones ontológicas no hacemos como un viajero que mirase a las cordilleras lejanas sin cuidado del paisaje próximo, y que al final de sus jornadas no supiera qué campos recorrió. En otros términos, creo que para las altas explicaciones debemos servirnos de una mayor sencillez y estimar los datos inmediatos de la conciencia, los datos de la hora presente, del espacio próximo y del hecho cumplido. En todo caso una teoría filosófica que prescinde de hipótesis sobre el fondo mismo del problema, está viciada de insuficiente. Y si a esto se agrega que no da tampoco satisfactoria noción del fin último, la deficiencia alcanza los límites de un fracaso.

Mas no la podemos acusar de lo que estuvo fuera de sus propósitos, y para ser justos tendríamos que criticarla como la hipótesis de los procesos generales, como una ley de fenómenos; lo que vale decir, como la fórmula del modo como más frecuentemente se repiten los fenómenos, según la crítica de ley que hoy aceptamos con Luciano Poincaré.

Pero, ¿se realiza, en verdad, en los procesos particulares? ¿Una nebulosa que se condensa en sistema planetario gana en materia y pierde en movimiento, integra

materia y desintegra energía? Dentro de la hipótesis de Laplace de una nebulosa original antes de la formación de los mundos, está bien que se realice el tránsito de lo homogéneo a lo heterogéneo, de lo indefinido a lo definido, en cuanto a circunscripción espacial y a formas; mas no es éste un criterio viciado en que tomamos lo actual como norma de lo inactual? ¿En cuanto se particulariza algo homogéneo en formas variadas, podremos decir que se define o sólo que toma formas más aseguibles a nuestro modo de entender, que se desmenuza? ¿La multiplicidad será más definida que la unidad? ¿Y la cantidad es un dato esencial o sólo es una abstracción como me lo parece? ¿Es más definida una gota de agua que una nube? ¿No es preciso en estos casos usar de dos criterios, a saber: que nube es una cosa definida en meteorología y la gota de agua una cosa definida en química? ¿Cuando aplicamos este criterio de lo definido y de lo indefinido a una hipótesis universal no pasamos ilógicamente de un criterio a otro?

¿Y será heterogénea una cosa porque se haga múltiple en cantidad y en formas? ¿Dentro de lo homogéneo no está lo heterogéneo, no precisamente en confusión, sino en otra ordenación? Este es, pues, un criterio que juzga de las cosas conforme al conocimiento actual que de ellas tenemos. Si se fracciona la unidad primordial y se sistematiza en muchas unidades, no podemos decir que se define y hace diferente, heterogénea, sino que muda su ordenación porque a estas unidades y estas variedades las concebimos en una ordenación única y homogénea también, ya por sí, ya como posible de sufrir más variación y particularización.

Y no es esto todo: la nebulosa de Laplace no integraría materia, porque no tendría de donde tomarla, ni desintegraría movimiento, porque la energía, si es algo, no puede eliminarse. La materia se conservaría en can-

tividad, a menos que se suponga como Le Bon que ella se desintegra; y la energía variará, pero no se desintegrará, podrá degradarse, como dicen hoy los físicos, cuando más. Lo que se ve es una condensación de materia con relación a nuestros sentidos y una transformación de la energía en movimiento, luz, calor, etc.

Si consideramos el cosmos, el conjunto universo, claramente se aprecia que no habrá ni haber puede una integración de materia, ni una desintegración de movimiento, pues nada fuera ha de poder tomar ni se pierde la energía.

En el cosmos, pues, la ley no podrá aplicarse. En él surge a primera vista otra parte del principio espencceriano. Partiendo de la hipótesis de Laplace, se verifica un tránsito de lo homogéneo a lo heterogéneo. Mas hé aquí que es un tránsito que no afecta la substancia, porque los ochenta y tantos cuerpos simples permanecen inmutables según nuestros conocimientos actuales y la energía podrá modificarse si se quiere, mutándose o degradándose, pero siempre en ecuación. No hay propiamente un desarrollo de substancia y energía en el sentido de evolucionar, sino en el sentido de combinarse por porciones y sistematizarse en fragmentos. Aquella nebulosa tenía su unidad no fraccionable, según nuestro modo de pensar, en seres distintos, como el universo actual tiene la suya en una comprensión altamente racional.

Se dirá que una porción de nebulosa y un cuerpo dado se diferencian inmensamente. Y ello es verdad. Se diferencian en modo de ser; un cuerpo es un conjunto de materia con un objeto dado. Una porción de nebulosa es un conjunto de materia con un objeto unívoco a otras porciones, es decir, indefinido como individualidad. Si se combinan los elementos de esa porción de nebulosa y se adaptan a un fin u objeto dados, está constituido el cuerpo. ¿Ha ocurrido una evolución, un desarrollo de materia

o de energía? No ciertamente, nada nuevo ha entrado a la materia, ni ninguna energía se ha perdido. Hay solamente una combinación que tiende a un sistema. Y este término de sistematización es precisamente el que yo adoptaría como más adecuado y etimológico (sistema, de *syn*=con; *ístemi*=coloco).

El paso a lo heterogéneo es, pues, de modo y de forma, en nada substancial que pudiera tomarse como ley que se refiera a la esencia del universo. Es como ya puede suponerse, un mero resultado accidental.

La otra parte del principio spenceriano, el tránsito de lo indefinido a lo definido, como la tendencia a la multiplicidad, adolece de un relativismo humano. La unidad es una convención de la experiencia y los sentidos, y así puede verse cómo toda unidad es un compuesto y toda multiplicidad puede ser considerada bajo cierta uniformidad. Los conceptos de definido y de indefinido adolecen de la misma flaqueza. La ley de Spencer dice relación a nuestro modo de ver, a distintas etapas del mundo, y con razón la acusa Bergson de ser meramente la ordenación de lo hecho, y no el principio hacedor: en nada explica el misterio universal. Habla de sus procesos conforme a nuestros sentidos, y adolece en consecuencia de una infranqueable relatividad.

Llevada a la biología, por ejemplo, tenemos que una planta debiera integrar materia y desintegrar energía. Lo justo es decir que ambas cosas absorbe y combina, pues la luz, la electricidad y el calor entran para mucho en su vida molecular y celular, no como ayudantes, sino como integraciones de energía y causa de integraciones de materia. La energía que desarrolla (y no que disipa) un animal en calor, trabajo, etc., le viene de las combinaciones de materia, esa energía la ha tomado ese ser con esa materia, júzguese a las fuerzas como propiedades de aquella o como entidades, y a la vez que de ella se des-

prende, también se desprende de la materia. Y en un desarrollo completo, en un adulto, por ejemplo, con relación a un embrión, podemos decir que ha integrado materia y energía, puesto que tiene más materia y más energía y no podrá decirse que hubiera desintegrado más energía que materia. ¿Por qué? ¿Cuántos despojos celulares y humorales han sido eliminados? ¿Cuántas renovaciones han sufrido las células? Ese organismo es un conjunto que sistematiza materia y energía. Y nada más.

Un pueblo que se desarrolla no es que integre elementos, individuos, sino que los agrupa y sistematiza a medida que se reproducen; y en el ápice de su desarrollo no podrá decirse que ha desintegrado sólo energías, ni siquiera principalmente, que tanto en elementos (materia) como en capacidades (energía) avanzó; y tantos hechos (desintegración de energía) como muertos (desintegración de materia) tuvo.

Puede ampliarse indefinidamente la demostración, y llevarse también a la inversa sobre el principio de la disolución. Pero basta con pocos ejemplos. Cabe sí anotar que no explica Spencer el por qué se invierte el proceso evolutivo en disolutivo. Siendo así que hay otras vías por las cuales esto pudiera ser apreciado como consecuencia necesaria, según lo veremos a continuación.

Mas no vaya usted a creer que estas someras críticas hacen fuerza suficiente en mi espíritu para minorar el aprecio de pensadores como Spencer y Bergson. En el mundo cada cual aporta un pensamiento y una orientación. Vistos los hombres desde fuera de esa orientación, pueden aparecer deficientes. Mas la contribución que aportaron permanece con su valor intrínseco y su mérito de causa.

Si me he separado de estas teorías es porque concibo otras rutas en la explicación de los fenómenos, a mi modo de ver más aproximados al principio y esencia de los seres, como trataré de exponerlas brevemente.